EL RECORDADOR

(Homenaje a Luis Rosales)

Ya ha atardecido el corazón.

L. R.

CONVOCÓ un potencial de corazones,
una lágrima antigua,
un sentimiento
ancestral y fugaz como el olvido,
el barrio juvenil de los deseos.
Paseaba la tarde con los ojos,
chispeando
la vieja trama de la vida en ellos,
con pasos que eran suyos y no eran,
quemados por la fiebre del invierno.
Cegado por la luz,
por la esperanza,
paseó por los años volanderos.
Miró la calle,
el árbol desplomado
en su alcorque tenaz,
el trono enhiesto
de aquel escaparate de la rosa perdida,
aquel balcón de siempre,
siempre abierto
a una sombra sombría en el visillo,
el mismo infatigable, terco estruendo
de un cartel con películas
(aromas
de un hechizado amor),
el ramo tierno
de un rumoroso Argüelles,
fugitivo,
fugitivo,
presente
y duradero

Con los ojos cerrados,
aunque vivos,
está llorando para adentro.
Lágrimas son con nombres:
Carlos, Carlos,
Eduardo,
Miguel Angel,
Nelly,
Pedro,
se llaman para siempre,
ahí,
en la calle,
en la acera,
en el aire,
ahí,
en medio
de esta calle que lleva,
mansamente,
hasta el muelle final de los recuerdos.

MARCELO ARROITA-JAUREGUI